La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 11 de enero de 1892 — Núm. 524



LA FUERZA AHOGANDO AL GENIO, grupo en mármol de C. Godebski

SALÓN PARÉS

NOVENA EXPOSICIÓN

Á Barcelona cabe la gloria de haber iniciado el renacimiento artístico é industrial de España y la de haber constituído, gracias á la iniciativa particular, un centro productor que nos exime del vasallaje que durante largo tiempo hemos rendido á otros países más afortunados. Comenzóse por reemplazar la clásica simetría por la ponderación, la aplicación de la variedad en vez de la uniformidad, estudiándose los tonos y los matices para producir de sus gradaciones los cuadros corpóreos, las creaciones industriales que determinan la aplicación del sello artístico á todo, desde lo más nimio á lo más importante. De ahí el notable desarrollo que han adquirido las artes suntuarias. Parece como que nuestra ciudad haya tratado de asumir la representación de España, puesto que á la ya numerosa pléyade de pintores y escultores catalanes se agrega la de los artistas de las demás provincias que acuden al calor de este que pudiéramos llamar centro del Arte. A semejanza de otras ciudades del extranjero, cuenta Barcelona con un magnífico Salón, de vastas dimensiones y perfectamente dispuesto, debido á la inteligente iniciativa del Sr. Parés, en el que los artistas exponen sus obras, hallando seguro medio para darse á conocer y los aficionados ocasión en que poder adquirirlas.

Aparte de la exposición permanente de las obras que de continuo producen nuestros artistas, verificase una Exposición anual, que á pesar de su carácter particular bien pudiéramos considerarla como exhibición artístico-regional, ya que es muy reciente el establecimiento de exposiciones bienales con las condiciones y carácter de un certamen.

Acaba de inaugurarse la novena Exposición. No ha sido quizás tan numerosa é importante como alguna de las anteriores, debido sin duda á que la mayoría de los artistas ha concurrido á las que casi simultáneamente se han celebrado en Berlín, París y Munich; mas no por esto es menos digna de estudio por las tendencias que revelan los empeños de algunos artistas y el mérito de las obras de otros. Ciento ochenta cuadros, entre grandes y chicos, y once esculturas figuran en ella.

Vuelve á observarse en esta Exposición la tendencia imitativa que pudo ya notarse en la general de Bellas Artes y el tenaz empeño en arraigar un género que malamente se califica de escuela catalana moderna. Y cuenta que no figuran en las que nos referimos las firmas de la mayor parte de sus campeones. En cambio, otros, cual acontece con Eliseo Meifrén, vienen á engrosar la falange, olvidando su abolengo y el género especial en que adquirieron notoriedad.

No debe sorprender la penosa impresión que produjeron en nuestro buen amigo y compañero Rafael Balsa de la Vega algunas de las obras expuestas en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona ni los juicios un tanto duros que en aquella ocasión emitió. Fijóse únicamente en lo que para el arte patrio significaba el contagio transpirenaico, que separa á nuestros artistas de la escuela española, que tantas glorias obtuvo en los pasados siglos y en la primera mitad de esta centuria, y fustigó sin piedad á los que consideró como apóstatas de nuestra tradición artística.

El grupo, ya que no escuela, pues carece de las condiciones de tal, formado por los *grises*, por esas *nebulosas* que en vano pretenden relegar al olvido y proscribir las castizas tonalidades y la genial concepción de Rosales, Fortuny, Simón Gómez y aun del mismo Sans, Rodes y Clavé, no puede ser nunca considerado como español, no puede concederse á los pintores que lo forman el honroso título de representantes de nuestro arte regional. Esa representación corresponde de derecho indiscutiblemente á los que se inspiran también en asuntos puramente españoles ó regionales y saben hallar en el cielo, en la naturaleza, en los tipos, en ese conjunto lleno de vida que reside en nuestra península esa gama admirable que no poseen los artistas de los demás países. Román Ribera, español por temperamento, no sabría representar tan admirablemente las estofas, las sedas y los tapices si en su paleta existieran únicamente tonos grises; ni Baldomero Galofre hubiera logrado singularizarse con sus tipos y costumbres nacionales á no disponer de tonalidades más vivas y más agradables que las que produce el betún, el ocre ó el negro; ni Fabrés hubiera podido crearse una reputación europea con sus admirables odaliscas y tipos marroquíes, ni por último José Masriera adquirir el justificado título de excelente paisista. Con tan limitados recursos ha de limitarse también la valía de la producción, en la que tampoco puede existir esa variedad que revela el genio del artista. La monotonía, la producción sistematizada cual si se produjera siempre en igual molde ó la imitación extranjera de concepto distinto son los resultados de estos que consideramos como pueriles empeños.

Que un grupo de nuestros artistas desvíase por completo del verdadero carácter de la pintura española es tan innegable, que creemos basta sólo establecer someras comparaciones; y que sus empeños han de resultar estériles, demuéstralo su carácter extranjerizado, que ni plástica ni psíquicamente tiene nada de común con el arte patrio ni con los conceptos del regionalismo. Si no conociéramos las aptitudes de algunos de ellos, llegaríamos á suponer que, al igual de lo que acontece con algunos de nuestros pensionados en Roma, tratan de ocultar con los grises, con las figuras acusadas en siluetas, defectos de ingenio, de habilidad ó dibujo, como aquéllos con el uso del betún y el ocre pretenden representar un mentido clasicismo, tras el que se oculta la vulgaridad.

Cada país, cada pueblo, tiene un carácter especial, propio, exclusivo, que procede de sus condiciones climatológicas, de su historia, de sus tradiciones, de sus costumbres, de todo cuanto marca su modo de ser. De ahí que las producciones sean tan varias como lo son las razas, los estados y los pueblos. Pretender, intentar, especialmente en arte, seguir corrientes que no son las propias, equivale á una apostasía. Abandonen, pues, esos artistas la tortuosa senda que han emprendido, y tengan presente que si Puvis de Chavannes, Millet, Bretón, etc., han logrado singularizarse en la nación vecina, sus éxitos no pueden ser acogidos como nuestros, ya que son distintas la patria y las corrientes que informan el arte en ambos países.

Y ya que nos hemos ocupado de la pequeña agrupación que pretende haber creado escuela, daremos preferencia á las obras que ha aportado al Salón Parés. Preciso es confesar que en ella tienen esta vez deficiente representación, tanto por el número como por la calidad. Juan Llimona, que tan sentidamente sabía interpretar los purísimos afectos que germinan en el hogar, en el santuario de la familia, va acentuando las notas tristes en igual proporción que crece su ascético misticismo, y aunque el lienzo que titula *Viuda* es altamente recomendable, el asunto y la tonalidad acusan la melancolía de su espíritu. Un pastor arrebujado en burdo capotón mirando el rebaño que pasta en su alrededor en una de las altas cimas de los Pirineos es el asunto que en boceto presenta Baixeras, quien á pesar de sus reconocidas cualidades artísticas no abandona el molde y parece complacerse en que se le suponga artista de las regiones del Norte. Ramón Casas, el portaestandarte de la nueva escuela, el más hábil de los pintores del grupo, aporta un *Patio* representado con la fidelidad que caracteriza sus producciones, pero con el sello extranjero, gráfico recuerdo de su estancia en París, en donde los colores de la paleta de Casas no brillaran iluminados por nuestro sol meridional. Algo semejante acontece con los lienzos de Bernadet, que también ha residido en la capital de la vecina república. Si compara sus cuadros de hoy con las excelentes copias de algunas obras de Goya, Velázquez, etc., que posee y ejecutó antes de salir de España, observará cuánto ha palidecido desde entonces su paleta.

Aunque Joaquín Vayreda no ha remitido esta vez desde Olot alguno de sus bellísimos paisajes, figuran en la Exposición varios lienzos notables de los artistas que buscan en aquel hermoso rincón de Cataluña el manantial de su inspiración. El discreto autor de la *Rendición de Gerona*, Laureano Barráu, ha presentado cuatro lienzos, entre los que descuella el que titula *Amor*, precioso grupo de bello realismo. Las dos figuras, tanto la del campesino como la de la doncella á quien requiere de amores, hállanse bien trazadas, sobria la tonalidad y de gran relieve. Hay que advertir que Barráu busca el aire libre y que sus figuras se destacan sin los recursos que otros emplean por medio de los contrastes violentos de tonos. Digna es asimismo de aplauso la cabeza de estudio. Las *Hervexadoras* de Pinós, artista tan laborioso como modesto, es un cuadro bien estudiado, que retrata el natural, en el que el pintor ha logrado determinar las distancias, el espacio y el ambiente. Bien, como todos los suyos, el paisaje de Galvey, y frescos y jugosos los de Armet y Marqués. Un tanto convencionales podrán ser los del navarro Larraga; pero aun así, revelan cualidades en el autor, que sabe reproducir la varia vegetación y los imponentes acantilados de la costa cantábrica. O-Neille nos da á conocer las bellas campiñas mallorquinas, y Tomás Sans la vertiente de una de nuestras montañas, en que parece se aspira el fuerte aroma del tomillo y la retama. García Rodríguez é Isidoro Marín muéstrannos los vivísimos tonos y los brillantes colores de la región andaluza por medio de preciosos apuntes de Sevilla y Granada, y Rafael Serret nos envía desde la ciudad de los Césares una pastora romana, que á la vez que revela ese algo tan pintoresco que distingue á la hermosa Italia nos da conocer los adelantos del joven pintor español. Modesto Urgell, si bien su *Quietud* recuerda otros lienzos á que debe su reputación artística, es como aquéllos obra de un maestro, que merece igual respeto que José Masriera, cuyas *Cercanías de Vichy* son una nota más á las que ha producido quien figura dignamente entre nuestros primeros paisistas.

Joaquín Pallarés acertado en la *Vuelta del mercado*; justo Soler de Casas en las *Ultimas lágrimas*, que desearíamos realmente que lo fueran y gozar alguna vez en sus alegrías, si es que las tiene; Cabrera, el autor de *Los huérfanos*, continúa por buen camino, y *El primer disgusto*, aunque no se asemeja al notabilísimo lienzo *En el coro*, que tanto llamó la atención en el último concurso, revela las aptitudes del artista murciano, aventajado discípulo del malogrado Plasencia. *Los bodegones*, de Checa, no desmerecen de los que admiramos en la Exposición de Bellas Artes, ni valen menos los *Borrachos*, de Graner, que los que remitió á la Exposición de Berlín. Elegante y bien trazada es la figura de la joven que presenta Tamburini, y tal vez sobradamente bella la *Americana*, de Francisco Masriera. Nueva fase presentan los cuadritos de Riquer, y la ofrecen también los dibujos en color de Llovera que, aunque algo convencionales, son dignos de la atención con que les distingue el público.

Román Ribera, el representante de la pintura de género, expone un *Ordenanza*, flamenco de buena ley, esto es, de Flandes, que vale tanto como los muebles y tapices de la cámara cuya puerta traspone. Obra notabilísima es el pequeño retrato, ó mejor dicho, cabeza, que presenta Fabrés. Es una maravilla de ejecución, que recuerda por su factura las obras de Van Beers, si bien las aventaja por su mayor seriedad.

Leopoldo Roca, que expone una bonita acuarela; Manuel Felíu una cabeza de estudio, Hernández Monjo una marina y Cusachs y González Simancas algunos tipos militares, completan el número de los pintores que han concurrido á esta Exposición, que si bien de carácter particular, despierta siempre interés entre los amantes de las bellas artes.

Réstanos mencionar algunas acuarelas y dibujos de Fortuny, que no dan la menor idea de la significación que en el arte español tiene el malogrado pintor reusense, ya que fueron ejecutados, seguramente, en su juventud.

Limitado es el número de esculturas, mereciendo citarse únicamente la excelente estatua de San Juan de Dios, obra de Agapito Vallmitjana; un intencionado busto de un precoz pensador, obra del joven escultor Sr. Berga, y algunas producciones de Atché y Carcassó.

Tal es someramente descrita la novena Exposición Parés. No descuella en ella una nota de verdadera importancia; es simplemente una nueva manifestación artística regular, acompasada, en la que, débil, continúa mostrándose la tendencia á lo transpirenaico, resultando inferior á las anteriores.

A. García Llansó

BISMARCK EN FRIEDRICHSRUHE

«La verdad es, dice Motley, el diplomático americano, en una carta escrita á su esposa desde Varzin (una de las residencias campestres de Bismarck), que peca de sencillo y de franco; tanto, que para convencerse de su importancia es preciso repetirse de continuo que aquél es el gran Bismarck, el más grande hombre de nuestro tiempo y una de las más notables figuras históricas que jamás han existido.» Estas palabras me llamaron mucho la atención cuando las leí por primera vez; las recordé á los pocos minutos de haber paseado en compañía del príncipe de Bismarck en sus tierras de Friedrichsruhe, y quedé profundamente convencido de su veracidad.

Cerca de once años antes le había visto apearse de un coche del tren, con aspecto enfermizo, y andar apoyado en un bastón; el eminente político iba á Kissingen con el objeto de restablecer su salud. En mi última visita era ya otra cosa; le encontré fuerte y majestuoso, y aunque cano el cabello, conservaba la complexión de un joven campesino inglés.

Las elecciones de Gestemunde se habían efectuado el día antes y la prensa europea compadecía á Bismarck, creyéndole muy contrariado; mas á mí no me pareció reconocerlo así en el enérgico prusiano que en compañía de su hijo me condujo á las tierras de su castillo, evidentemente ansioso de mostrarme todas sus curiosidades rurales.

No tardamos en llegar á un prado, por el cual cruzaba un arroyo en el que vimos un cisne vigilando los movimientos de una gallinácea que comía con avidez. El príncipe me llamó la atención sobre esto, observando con cierta sonrisa que el cisne debía tener envidia.

– Vea usted, díjome Bismarck, cómo endereza su cuerpo; sin duda comprende que le observamos, y quiere ostentar sus formas para que formemos mejor concepto de él. Seguramente es una hembra. Los animales, como es sabido, tienen su lenguaje propio, y sólo el orgullo induce al hombre á creer que tiene el monopolio de la palabra.

El príncipe estaba de muy buen humor y parecía deseoso de enseñarme su plantación llena de toda especie de árboles de las diversas partes del mundo. Ha conseguido reunir una colección que cuenta multitud de especies, las cuales designa según la nomenclatura de Linneo, y fué para mí una revelación el hecho de que el hombre que había consagrado toda su vida á las luchas políticas tuviese la rara facultad de poder concentrar también su atención en el tranquilo estudio de la naturaleza.

De su conversación deduje que los árboles tienen para él más interés del que comúnmente inspiran las cosas inanimadas, y parece que se complace en observar su crecimiento y conservarlos en las mejores condiciones.

Atravesamos un lago, y al llegar á la orilla opuesta vi un tarjetón como los que se usan para tirar al blanco.

– Este es el único sitio, dijo Bismarck, en que puedo ejercitarme en el manejo de la pistola sin temor de causar daño alguno.

Al observar yo que la distancia me parecía demasiado considerable para tirar con semejante arma, pues no bajaría de cien metros, me contestó:

– ¡Oh! Las balas de mi revólver recorren ese espacio fácilmente, y aunque ya no sea joven conservo el pulso bastante firme, de modo que de vez en cuando mato alguna ardilla.

Poco después llegamos al castillo, construcción irregular que ha sufrido muchas alteraciones y que por todos lados está oculta entre los árboles.

Después de tomar un refrigerio, Bismarck me invitó á dar un paseo con él en coche; los demás convidados, conducidos por el conde Alberto, se proponían seguirnos al bosque; y al salir por la puerta del castillo, el príncipe fué saludado con una ruidosa aclamación y las palabras «¡Dios conserve larga vida á Su Alteza Serenísima el príncipe de Bismarck, unificador de Alemania!»

Debo advertir que todos los días se reune mucha gente para ver salir al *Canciller de hierro* de su castillo. Algunos llegan desde muy lejos; y en los días de fiesta particularmente, aquello parece punto de peregrinación.

Apenas pasa día sin que se reciban telegramas expresando el cariñoso afecto que se profesa á Bismarck; y cuando el tren se detiene en Friedrichsruhe, los viajeros se asoman á las ventanillas con la esperanza de ver, aunque sólo sea un momento, al gran político en su retiro.

El interior del castillo es tal vez la prueba más tangible de las consideraciones que Bismarck ha merecido y aún merece de sus compatriotas. Todas las habitaciones están llenas de regalos, y excepto los retratos, los bustos de mármol y otros adornos, puede decirse que el mobiliario de aquella morada se compone en su mayor parte de los presentes que han hecho á Bismarck industriales, corporaciones y sociedades.

Una vez llegados á la vista del bosque, el carruaje se desvía del camino y penetra entre los árboles, sin cuidarse nadie de si hay ó no sendero. El príncipe quiere que yo vea su abundante caza, y para esto avanzamos siguiendo la dirección favorable del viento. Por lo pronto no diviso más que algunos ciervos á lo lejos; mas á poco aparece un magnífico jabalí, y después toda una manada que pasa cerca de los caballos.

Al llegar á cierto punto del bosque, tan enmarañada es la espesura, que el cochero debe desmontar para buscar un sendero que nos permita volver al camino; y mientras lo hace, Bismarck me señala dos altos pinos que se elevan frente á nosotros.

– Ahí, me dice, entre esos árboles, donde penetran la luz del sol y el aire fresco, quisiera disfrutar de mi último reposo, porque la idea de ser encerrado en una caja me inspira terror.

Después de salir del bosque llegamos á las granjas, y el príncipe comenzó á explicarme su sistema



EL PRÍNCIPE BISMARCK (de una fotografía sacada en Friedrichsruhe en 1891.)

de cultivo. Habla muy bien el inglés, pero sorprendióme que conociese tan á fondo el tecnicismo usado en la agricultura. En la granja que visitamos Bismarck fué recibido con el mayor respeto por el colono y su familia y observé en la habitación la más escrupulosa limpieza. Los únicos adornos de la pared consistían en retratos iluminados del emperador, de Moltke y de Bismarck. El príncipe dirigió algunas palabras afectuosas á los colonos, y terminada nuestra breve visita emprendimos la marcha en dirección al castillo. Cuando llegamos acercábase la hora de comer, y los convidados, que siempre son numerosos, parecían esperar al príncipe. Tal vez esta hora sea la más agradable del día en Friedrichsruhe, y me parece que en ninguna reunión de familia podría reinar más franqueza y confianza ni menos convencionalismo que en la del príncipe.

La conversación del príncipe, bien esté paseando ó sentado á la mesa, es amenísima y curiosa por las ideas que emite. Por trivial que sea el asunto de que se trate, seguro es que en el lenguaje de Bismarck brillará alguno de esos rasgos de su inteligencia privilegiada que ha enriquecido el idioma alemán con una serie de palabras especiales, y añadiré que sus sentencias epigramáticas le han asegurado ya un lugar junto é Goethe, Schiller y Federico el Grande. Su poeta favorito es Shakespeare, y cita continuamente algunos pasajes de sus obras, aplicándolos con maravillosa oportunidad.

Poco antes de terminar la comida, Bismarck se volvió para dar algunos huesos á sus perros, que son sus constantes compañeros y uno de los cuales le fué regalado por el emperador.

Después de comer pasamos al salón, y el último convidado, sin que se reparase en su categoría, tuvo el honor de dar el brazo á la princesa de Bismarck. Según la costumbre alemana, los niños besan allí á sus padres antes de retirarse, y confieso que me conmovió ver al príncipe inclinándose para acariciar á sus hijos. Pocas familias habrá en que se refleje más en su vida íntima el afecto y la mutua simpatía.

Bismarck se hallaba sentado en su sillón cuando entró un criado con la numerosa colección de periódicos que recibe, y encendiendo su pipa, comenzó á examinarlos rápidamente. Acababan de efectuarse las elecciones de Gestemunde, y un diario francés, *L' Autorité*, publicaba un artículo titulado «El fin del Ogro.» Bismarck le leyó en alta voz, fumando su pipa, y lo grosero del artículo, lejos de enojarle, le divirtió mucho. Terminaba el escrito con la descripción personal del canciller, en la que se hablaba de su «boca cruel,» de sus «ojos perversos» y de sus «cejas sombrías;» y dejando el diario sobre la mesa, Bismarck exclamó:

– ¡Es singular que se ensañen así con mis pobres cejas!

La música contribuyó por mucho á recrear á la reunión; la señora de Bismarck es apasionada por ella, y el príncipe, aunque no la conoce tan á fondo como su esposa, es bastante inteligente para apreciar las buenas composiciones, agradándole sobre todo las de Beethoven y las melodías características populares.

De este modo se pasó agradablemente la primera parte de la noche. A eso de las diez Bismarck se levantó y retiróse despidiéndose de todos; pero esta no fué la señal de haber terminado la velada; muy lejos de ello, poco después se sirvió un refresco, y aunque las damás se retiraron, los hombres permanecieron algún tiempo más en el salón, haciendo los honores el conde de Bismarck.

Se dice, y no sin fundamento, que los grandes hombres tienen invariablemente la facultad, hablando en sentido figurado, de magnetizar á los que llegan á ponerse en contacto con ellos, y creo que ninguno ha poseído en mayor grado que el príncipe de Bismarck semejante don. Yo salí de Friedrichsruhe bajo el encanto que ejerce la persona del príncipe, y no podía atribuirlo más que á la simple influencia de los que poseen la citada facultad.

Es curioso, porque arroja cierta luz sobre la naturaleza humana en general, el hecho bien reconocido de que algunos de los más violentos ataques de que Bismarck ha sido objeto en la efímera literatura de la presente época, se debieron á la circunstancia de haberse negado el príncipe á recibir á los que algunas veces buscaron el privilegio de trabar conocimiento personal con él, y cuyo amor propio debió resentirse mucho por esto. A Bismarck no le gusta la lisonja; es de carácter muy independiente, y algunas veces esto le indujo á cerrar la puerta á los que iban á buscar consejo del eminente político ó á satisfacer su curiosidad.

Desde que Bismarck se retiró de los negocios públicos, sus enemigos sostienen que está mejor dispuesto á recibir á personas de todas las condiciones; pero esto es un grave error popular. El príncipe tiene ahora más tiempo que antes para recibir visitas, pero sus costumbres no han cambiado en nada: en todo tiempo fué muy fácil ó muy difícil obtener de él una entrevista, y aun hoy día los hombres de más alta posición, como los más populares, le buscan á veces en vano. Quiere obrar á su libre albedrío; recibe ó se niega según las personas y según le parece: siempre lo hizo así, y hay pocos hombres públicos que hayan podido imitarle.



El palacio de Friedrichsruhe visto desde el parque (de una fotografía)

Algunos entusiastas han escrito á veces poemas encomiásticos haciendo toda clase de elogios de Bismarck, pero nunca alcanzó ninguno la menor señal de aprecio por su trabajo ó la palabra de agradecimiento que pudo desear; lo cual no debe extrañarse, dado el carácter algo rudo del príncipe, sin contar que, como ya he dicho antes, no le agradó jamás la lisonja de ninguno, quienquiera que fuese. Por otra parte, pocas personas han sido más accesibles que Bismarck á la influencia de la simpatía personal; pero algunos no han llegado á comprender la diferencia entre el político infatigable que, como tal, ha podido rivalizar con Maquiavelo, merced á su reconocido genio, y el hombre privado.

Longfellow ha dicho en alguna parte, cual si hubiese conocido á Bismarck, que la «sublimidad está siempre en la sencillez;» y esa sencillez, ese desprecio al servilismo convencional, juntamente con la urbanidad encantadora del caballero de la antigua escuela, es lo que á menudo ha expuesto á Bismarck á las torcidas interpretaciones de una época demasiado inclinada á juzgar todas las cosas por su propio criterio y sus fórmulas vacías.

El afán de hacer comparaciones ha inducido á muchos á poner en parangón el carácter de Bismarck y el de Moltke, siempre con desventaja para el primero, y difícil sería imaginar nada más ilógico que esto. Cuando Goethe observó que el pueblo se apresuraba á compararle con Schiller, escribió á este último diciéndole que el público haría mejor en dar gracias al cielo por haberle concedido tales hombres, absteniéndose de comparaciones inútiles.

¿Nos sería permitido señalar la diferencia de carácter en esas dos figuras titánicas de la historia alemana sin caer en la tentación de exaltar á una á expensas de la otra? Bismarck simboliza de una manera más completa el carácter nacional; tiene el temperamento del león, para el cual es la lucha una necesidad de la vida, como lo eran los medios para llevar á cabo su obra, y también el espíritu del romano – *gaudia certaminis* – reflejado en esos ojos que pocos pueden olvidar cuando los han visto una vez, aunque también son susceptibles de expresar la ternura.



Bismarck y su familia escuchando desde la terraza del palacio de Friedrichsruhe á una banda militar que toca en su obsequio (de una fotografía)

Diremos de paso que por ciertos rasgos de su carácter moral, por su energía y sus francos modales, el príncipe recuerda constantemente su afinidad con Martín Lutero, y es curioso ver la semejanza que con

éste tienen todos los retratos de los antecesores del gran canciller que adornan las paredes de Friedrichsruhe.

En resumen, diremos que la profunda veneración que Bismarck inspira, arraigada en la sangre más noble de Alemania, es el mayor título de gloria que pudiera apetecer, y en ella se refleja bajo su aspecto más brillante su carácter nacional.

WHITMAN,
autor de la obra
«Imperial Germania.»



Despacho del príncipe Bismarck en Friedrichsruhe
La mesa de la izquierda es una de las en que se firmaron los preliminares de la paz, en Versalles, el 16 de febrero de 1871

DEL CALLAO A SANTANDER

(CUARENTA DÍAS DE VIAJE)

(Conclusión)

Los vendedores ambulantes nos visitaban continuamente ofreciéndonos sus mercancías preciosas y baratísimas como puerto franco. Unos venían á vendernos pájaros preciosos, otros loros charlatanes, otros monitos sabios: el hotel estaba convertido en un verdadero mercado.

¡Pero cómo me encantaba el trayecto que íbamos recorriendo! Bosques inmensos talados en algunos sitios con el objeto de alzar coquetones *chalets* que servían de albergue á los altos empleados del Canal; hamacas suspendidas de los arboles, en donde acostadas nos miraban pasar unas señoras, hijas ó compañeras de los ingenieros; mecedoras ocupadas por tres ó cuatro caballeros que rodeaban una mesa llena de botellas y copas de cerveza, y todo esto bajo un sol ardiente, en un terreno palúdico, de emanaciones mortíferas y traidoras, que de tan espléndidas galas se viste para atraer y engañar á los incautos.

En mi entusiasmo por el campo y por la naturaleza espléndida de los trópicos, juzgaba la estancia allí como el bien único de la vida. Mi admiración creciente, mi envidia de aquellas francesas acriolladas que parecían tan dichosas entre los bosques seculares del istmo, cedió al oir que un compañero de viaje me decía en tono burlón:

– Sí, señora, todo esto que usted conceptúa edénico lo es en realidad; para una mente soñadora no tiene precio vivir en esos *chalets*, mecerse en esas hamacas y sentarse en esas mecedoras; pero ¡qué gusto para usted ver asomar la cabeza de una serpiente entre los pliegues vaporosos de su albo ropaje!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y ya pude contemplar las bellezas del istmo sin deseos de quedarme en él.

Llegamos á Colón: antes de salir de Panamá nos habían dicho que á bordo del *San Simón* se habían registrado casos de fiebre amarilla; íbamos *casi* asustados.

El tren nos dejó en el muelle, al costado del gran transatlántico que nos esperaba atracado. Los caballeros no quisieron embarcar hasta no ver al gerente de la compañía para exigirle la verdad sobre los rumores que corrían. Negó rotundamente; insistieron los pasajeros; pero el gerente siguió negando, y nos embarcamos.

¡Qué tristeza!

El *San Simón* es un buque grande, muy grande, cómodo y amplísimo en todas sus dependencias, pero sombrío; debe su nombre al célebre banquero judío Pereire, que era sansimoniano.

En los primeros momentos se me oprimió el corazón y rompí á llorar; no me cabía duda que el barco estaba infestado: la tripulación tenía á mis ojos cara de fiebre amarilla; mas no había remedio, y guardé los temores para mí solita.

Estaba obscureciendo, y esto contribuía á la lobreguez de los camarotes, que por otra parte eran magníficos y estaban con el *confort* apetecible.

Me acosté; no quise ver á nadie: todos sentíamos la nostalgia del *Ilo* y de la raza española seguramente.

Cuando á la mañana siguiente subí sobre cubierta ya recibí distintas impresiones: el cariñosísimo capitán M. Durand y toda la oficialidad estaban sanos, robustos y colorados. ¡Con qué ojos los habría mirado el día anterior! Indudablemente que había sido presa de una rápida extravasación de bilis. ¿Habría tenido ictericia sin darme cuenta?

Todos los pasajeros procedíamos del Pacífico; éramos conocidos y compañeros desde el Callao, pero el 23 (habíamos salido de Colón el 21 de julio del 81) tocaríamos en el primer puerto de nuestro itinerario, Sabanilla, y comenzaríamos á recoger otros.

Bismarck y sus perros daneses en Friedrichsruhe (de una fotografía)



Así fué con efecto.

El 25 llegamos á Curaçao; estábamos ya contentísimos en nuestro nuevo domicilio flotante y nos preparábamos á bajar á tierra; tampoco allí se conocían las tiránicas leyes aduaneras y pensábamos comprar muchas cosas, sobre todo beber Curaçao y hacer acopio de algunos frascos.

Debíamos atracar al muelle, pero nos detuvimos lejos: el aspecto de la población no podía ser más bello y atrayente.

– ¿Por qué nos paramos aquí? ¿Qué ocurre?

– Esperando la sanidad.

Llegó ésta; se acercó á nosotros su falúa, que se balanceaba atrozmente porque estaba la mar picadísima, y vimos que después de hablar á distancia con el médico de á bordo, cogían los papeles con tenazas.

– Mal signo, dijimos.

Fuése la sanidad; tardó cerca de dos horas en volver, tiempo que empleamos paseando sobre la máquina, y por fin volvió, pero para despacharnos con viento fresco.

Renegamos de la colonia holandesa; mas como estábamos harto contentos y agasajados en el *San Simón*, no pretendíamos averiguar el porqué no nos habían dado entrada.

Los días 26 y 27, que tocamos en Puerto Cabello y en la Guaira, hubo afluencia de pasajeros, sobre todo en este último, el más importante de la república de Venezuela.

El 29 llegamos á Fort de France (la Martinica) y allí sí que no era cosa de mirar patentes. La fiebre amarilla es enfermedad endémica y precisamente estábamos en la época de su apogeo. También aquí atracó el *San Simón*, y desde el propio instante comenzó para nosotros el espectáculo más entretenido y admirable del viaje; más que el desembarque en barriles; ¡ya lo creo!

Un enjambre de negros y negras, negras sobre todo, invadió el buque; sentaron sus reales sobre la cubierta y plantaron tiendas de baratijas indígenas, sombreros curiosos y cuanto cachivache bonito Dios crió. Algunas negras de buenas hechuras paseaban sin cesar la cubierta lanzando flechas con sus ojazos saltones, y por cierto que había cada retinta que quitaba el sentido. Visten las negras de las Antillas francesas una especie de falda de medio paso (corta por delante para descubrir el pie pequeño y bien calzado) unida al cuerpo, cuyo talle apenas baja del sobaco. Cubren la cabeza con un pañuelo de seda arrollado como las vizcaínas y lucen en lugar de pendientes unas descomunales argollas de oro, argollas que sujetan con finos cordones, porque casi todas las negras tienen desgarrada la parte pulposa de la oreja.

Un enjambre de negritos rodean los buques nadando y pidiendo monedas que los pasajeros les arrojan para verles zambullirse y pelearse debajo del agua.

Un escuadrón de lavanderas recorre los camarotes preguntando si hay ropa para lavar; todas van provistas de una chapa con su correspondiente número que dejan en prenda, para que el pasajero pueda quejarse á la compañía (que es la que autoriza este servicio) en el caso de que alguna lavandera deje de cumplir su compromiso; el vapor se detiene veinticuatro horas y en ese tiempo devuelven las lavanderas la ropa, bien lavada y primorosamente planchada. No se da el caso de que falte ninguna y todo el mundo queda satisfecho.

Los vapores de la Transatlántica francesa toman carbón y víveres en la Martinica; por cierto que la carga del primero constituye una novedad digna de mención especialísima.

Reúnense cientos de negros y de negras con sus correspondientes espuertas; entre la tabla que conduce á las carboneras del vapor y el montón de hulla de donde cargan hay una báscula, al lado de la cual se sienta un hombre con grandes capachos de calderilla; todos los que pasan al buque, mujeres en su mayoría, tienen por fuerza que hacerlo por encima de la báscula, comprobando por este medio si llevan ó no el peso que es de rigor para cobrar el *sueldo* (moneda francesa) que alarga el guardián y pagador á cada una que pisa la báscula. Esta operación es rapidísima, puesto que ni se detienen ni hacen otra cosa que extender la mano, coger la moneda y echarla en un bolsillo grande que les pende de la cintura, y seguir corriendo.

Dos músicos, tocando una especie de clarinete destemplado y pegando trompazos al duro parche de un bombazo atronador, tocan cada tres ó cuatro minutos; suspenden todos la faena y bailan una especie de danza macabra, animada con risas, gritos y chillidos de toda especie. Al cabo de otros tantos minutos cesa la música, torna á comenzar el acarreo de carbón, y así sucesivamente sin parar hasta las doce de la noche, que se da tregua á la carga; al amanecer vuelven á las mismas con el propio ahinco.

El año 1881 ya se hacían de noche con luz eléctrica estas faenas en las Antillas francesas.

Por mucho que me recomendaban que no bajase á tierra, no fué posible contenerme: quería ver la iglesia, de la cual me habían dicho maravillas, y contemplar la estatua de la infeliz y buena criolla Josefina Tascher de la Pagerie, primera esposa de Napoleón el Grande y también primera emperatriz de los franceses.

La iglesia me encantó; más parecía un templo pagano que un templo católico; pero ¡qué severidad, con sus imágenes de mármol blanco, esculturas admirables que no podían menos de hacerme recordar con poca reverencia los santos pintarrajeados y vestidos de arlequines que veneran los indios y los aldeanos de mi tierra!

En un campo ó sabana hermosa y poética, sombreada por árboles corpulentos, álzase la estatua de Josefina: el escultor, copiando sus mejores retratos, presenta á la emperatriz con el sencillo traje que le era peculiar y con el peinado característico que lleva su nombre. En su rostro ha esculpido el artista la dulce resignación de la víctima inmolada á la razón de Estado, á la tiranía de la herencia y á la soberbia del hombre que, cometiendo la mayor de las iniquidades (repudiar á la esposa honrada), impulsado por el orgullo de perpetuar el imperio en sucesores directos, había de sufrir el condigno castigo, viéndose lejos de su esposa y de su hijo, de aquel enclenque *Rey de Roma*, que no llegó á ceñir la corona de su padre.

Contemplé á la mujer sin ventura, ensimismándome en mil reflexiones compasivas, y volví á bordo sin preocuparme lo más mínimo de la fiebre amarilla ni de las enfermedades.

Pocos días después de abandonar el último puerto americano, *Pointe á Pitre*, nos dijeron que había muerto un pobre pasajero de tercera clase. Una artista de ópera francesa, que venía en primera, nos contó llorando la historia del difunto. Era tenor y casado. Su esposa vivía como pensionista en un manicomio, cuya desgracia recargaba con mucho el presupuesto del desgraciado cantante; también tenía tres hijos en un colegio. Había marchado al Nuevo Mundo en busca de sueldo más crecido; y aquellos climas, ensañándose con la tuberculosis que ya se le iniciaba, habían acabado por destruir su delicado organismo. No tenía recursos más que para un pasaje de tercera. ¡Pobre hombre! ¡Tuvo por tumba grandiosa el Océano!

Una diablilla señorita que á bordo venía me contó con mucho misterio que en un camarote muy apartado había ella visto un enfermo que debía estar muy grave, y que suponía fuese su enfermedad la fiebre amarilla.

– Vamos allá, pero callandito, le dije.

La imprudencia era grandísima, pero fuimos.

Con efecto: aquel hombre debía estar expirando; le contemplamos á nuestro sabor; estaba solo y presentaba la faz cadavérica. No le conocíamos ni lo habíamos visto en ninguna parte. ¿Quién sería?

Nos apartamos de la puerta prometiendo callar para no infundir miedo. A mí no había dejado de llamarme la atención un ruidito que todas las noches á las altas horas sentía en el pasillo en donde estaba situado mi camarote; aquella noche puse mayor atención y me levanté con sigilo. La puerta estaba abierta á causa del calor, y no tenía más que levantar la cortina para enterarme: el ruido semejaba al de un pulverizador.

Cerca de mi puerta vi dos hombres puestos en cuclillas y haciendo algo que no pude distinguir: servíanse de una linterna sorda, cuya luz enfocaban al suelo.

EL CÉLEBRE POETA INGLÉS ROBERTO BROWNING

Por entonces me quedé como estaba, pero á la mañana siguiente me levanté más temprano que de costumbre: miré y remiré en el sitio en que había visto á los misteriosos rondadores, y ya desesperaba cuando se me ocurrió levantar la alfombra y luego el hule que cubría el piso. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrar una chapita que á semejanza de una boca de riego muy pequeña debía servir indudablemente para fumigar el barco! Escudriñando después, encontré muchas como aquélla.

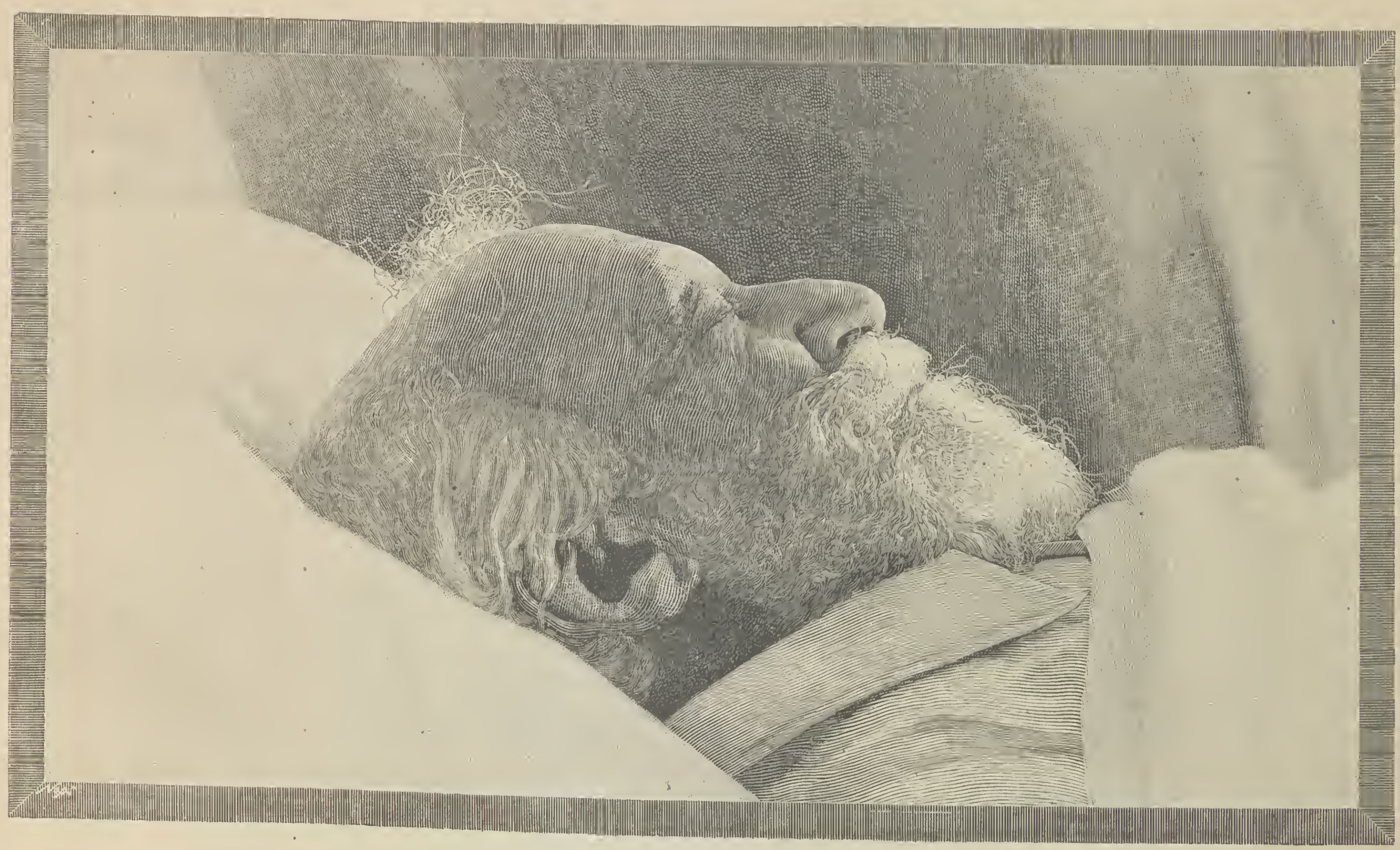
Ya no me cabía duda, las precauciones sanitarias se extremaban porque había motivo.

No por eso perdí el buen humor, hasta que un terrible golpe que pudo haber costado á mi hijo la vida, desequilibró un tanto mi excelente salud.

El 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, hubo fiesta mayor á bordo: banquete, baile, concierto; pero todo serio y formal, no como los improvisábamos diariamente, y el 17 llegábamos á Santander, llenos de gozo por volver á pisar la patria después de algunos años de ausencia.

Creíamos que fondear y desembarcar sería todo uno; pero las idas, venidas, encerronas con el médico y cuchicheos por todas partes nos ponían de humor perro.

Habíamos llegado sobre las diez de la mañana y eran las seis de la tarde y no sabíamos á qué atenernos. A bordo entraron dos carabineros, cumpliendo con las órdenes de su instituto, y en la imposibilidad de obtener de alguién contestación categórica, me acerqué á uno de ellos.



BROWNING EN SU LECHO DE MUERTE

– ¿Sabe usted por qué no desembarcamos?, le dije.

– ¡Ya lo creo! ¡Pues si traen ustedes *la mar* de muertos en la patente!

La sorpresa que recibí no fué flojita, y sin embargo, tampoco me atemoricé; me parecía que la terrible enfermedad quedaba muy atrás.

Mis lectores querrán saber en qué quedaron los amores de la orgullosa y patriota Rosa Lanza con el ingeniero M. Bell.

Mis Mery Geen sostuvo conmigo correspondencia hasta hace tres años.

En su primera carta me decía que á bordo había sido una providencia para la honra de Rosita, comprometida por M. Bell, que con las mejores intenciones de matrimoniar sin dilación procuraba poner en evidencia á la joven.

En la segunda me daba parte del próximo matrimonio de los enamorados, diciéndome al propio tiempo que la niña mimada la buscaba en todos los momentos y se había humanizado completamente con ella después de los acontecimientos ocurridos á bordo entre Colón y Nueva-York Sobre esto no pude lograr que fuese más explícita.

Y en la tercera me anunciaba la catástrofe: se habían casado, pero al poco tiempo supiera Rosa Lanza que el titulado ingeniero M. Bell era un vividor dc mala ley que había hecho el oficio de espía del Perú durante la guerra.

EVA CANEL

UN RECUERDO DEL POETA BROWNING

EN CONMEMORACIÓN AL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

«¿Para qué son vuestras palmas?

»Para cubrir con ellas los restos mortales del poeta.

»Un mes hace que murió, y el mundo fué tardío para concedérselas en vida; mas ahora se las tributa á manos llenas.»

Así escribió, casi proféticamente, Browning en su *Visión de los poetas*. Las palmas tardaron en llegar, como sucede á menudo; pero no dejó de recibir algunas antes de morir, con motivo del éxito que alcanzó su última obra *Asolando*, y sus postreras



ENTIERRO DE BROWNING EN VENECIA



UN CONCIERTO, COPIA DEL CELEBRA UADRO DE R. LÓPEZ, GRABADO POR BONG

palabras fueron para expresar su satisfacción por aquel triunfo.

A los veintitrés años se distinguió por su poema *Paulina*, con su magnífica dedicatoria á Shelley, composición en alto grado interesante, que debía ser el tipo de sus futuras obras. También fué el poeta de *Paracelso*. Juan Forster pudo decir entonces que Browning sería un gran poeta, y éste confirmó con sus producciones el pronóstico, pero no sin largos días de lucha y de amargas decepciones.

Los restos mortales del eminente vate se hallan en la Abadía de Westminster, en el sitio llamado «Angulo de los poetas,» junto á las tumbas de Dan Chancer y del inolvidable Spencer.

El poeta visitó Italia en 1834, y allí recorrió varios lugares de que habla en su *Historia de Sordello*. De aquel viaje resultó su famosa composición titulada *Los pasos de Pippa*.

«Italia fué mi Universidad,» solía decir Browning; y allí se estableció en 1846, después de su apresurado enlace con Isabel Barret. Los recién casados marcharon á Florencia y eligieron para su morada «Casa Gnidi,» cerca del palacio Pitti, al Sud del Arno y á un cuarto de milla de este río. En la entrada de aquel palacio se ve una lápida de mármol, consagrada á la memoria de la señora Browning, que murió allí cincuenta años hace. En aquel edificio, dando frente á la iglesia de Santa Felicia, hay un largo balcón, famoso por los recuerdos que evoca, donde el poeta solía pasearse entre las plantas.

Florencia no es la única ciudad que tiene interés para los admiradores del poeta, por más que allí residiese: Roma se asocia también íntimamente á su obra, pues en esta ciudad escribió la mitad de *El anillo y el libro*.

En medio de las colinas, á unas veinticinco millas al Noroeste de Venecia, todas las piedras parecen hablar de Browning. Cerca de sesenta años han transcurrido desde que el poeta visitó la bella ciudad; pero ha cambiado poco, aunque algunas cosas hayan dejado de existir. A la izquierda, subiendo por la colina, hállase la casa de la señorita Bransom, á quien Browning dedicó su composición *Asolando*; y casi en frente, pocas varas más allá, se ve la calle abovedada donde tenía su alojamiento el poeta.

Hasta últimamente, el Gran canal de Venecia tenía cierta relación literaria con los ingleses, porque lord Byron vivió allí; y ahora se agrega otra, puesto que en el Palazzo Rezzonico murió Browning dos años hace. Allí exhaló el postrer aliento después de volver de Asolo, y desde allí se condujo su cadáver, provisionalmente al lugar del reposo. ¿Quién de los que han visto un funeral en Venecia podrá olvidar la triste escena? El sordo rumor de los remos á medida que la enlutada góndola avanzaba, la tranquila calma en la ciudad y el silencio profundo en las aguas, todo contribuía á comunicar un carácter más solemne al conjunto. El cadáver fué conducido á la isleta del cementerio, que se halla á medio camino de Murano, y fué depositado en San Miguel hasta el día de su traslación á la Abadía de Westminster. – X.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – La Academia de Berlín ha publicado el programa de la Exposición de Bellas Artes correspondiente al presente año, que se abrirá el 15 de mayo y se cerrará el 31 de julio. Según parece, la citada corporación se propone celebrar, además de la general, en la que no se admitirán más de tres obras de un mismo autor, grandes Exposiciones particulares de producciones de determinados maestros á quienes se invitará especialmente.

– El pintor francés Poilpot, asesorado por el célebre astrónomo Flammarión, está pintando en París un panorama que representará la comarca egipcia donde se alzan las pirámides, vista de noche y á la luz de la luna y las estrellas. La asociación de esas dos personalidades es garantía de que la obra será una maravilla desde los puntos de vista artístico y científico.

– Ha llamado poderosamente la atención en los círculos artísticos de Alemania el hecho de que la venta en subasta de ciento once cuadros de Vereschagin, efectuada en Nueva York, en donde habían sido expuestos con gran éxito y en donde ese pintor goza de grandes simpatías, sólo haya producido la suma relativamente pequeña de 342.255 pesetas. Para explicar este resultado, Vereschagin ha dirigido á los periódicos un comunicado diciendo que para vender sus obras no ha querido apelar á las estratagemas de que suelen valerse en París y en otros países los artistas á fin de engañar al público haciendo aparecer precios exagerados y resultados fabulosos.

– El eminente pianista Rubinstein proyecta dar una serie de conciertos en los Estados Unidos, y según parece le han sido ofrecidas 25.000 libras esterlinas (625.000 pesetas) por una excursión artística de tres meses.

– Varias logias alemanas, entre ellas las tres grandes logias prusianas y la *Apolo* de Leipzig, han solemnizado con fiestas musicales el centenario de la muerte de Mozart, que fué francmasón y perteneció á una logia en Viena. En conmemoración de aquella fecha se ha publicado en Berlín la colección de las trece composiciones que el gran maestro compuso para los masones.

– La viuda del pintor Meisonnier ha desmentido los rumores que algunos propalaron diciendo que era causa de que no se celebrase la Exposición proyectada de las obras de su difunto esposo, y afirma que no solamente la Exposición se celebrará, sino que, si sus hijos no se oponen á ello, se creará un Museo permanente de los cuadros del célebre pintor.

– Adelina Patti ha sido contratada para cantar en los Estados Unidos en treinta conciertos ú óperas: por cada uno de los primeros cobrará 4.000 duros y por cada ópera 5.000, abonándosele además los gastos de viaje para ella y su acompañamiento. Probablemente cantará también en Chicago durante la Exposición.

Teatros. – Próximamente se estrenará en el teatro Lessing, de Berlín, la celebrada obra del Sr. Echegaray *Un crítico incipiente*, traducida al alemán con el título de *Ein unberufener Kritiker*, que en nuestro sentir no expresa fielmente el pensamiento del aplaudido dramaturgo, por cuanto *unberufen* no es un incipiente (que empieza), sino sin vocación, intruso, que no ha sido llamado á ello, lo cual es muy distinto y aun todo lo contrario de lo que resulta de la comedia.

El gran galeoto, del propio autor, que ha alcanzado en Berlín la 400.ª representación y la 300.ª en Viena y Amsterdam, se pondrá en breve en escena en París, traducida al francés por Schuwman y Lemaire.

– El maestro Mascagni está dando muestras de infatigable actividad: apenas estrenada su segunda ópera *El amigo Frit*, nos anuncian los periódicos que tiene completamente terminada la tercera, titulada *Los Rantzau*, cuya primera representación tendrá probablemente lugar durante el próximo otoño en el teatro Pergola de Florencia.

– Es seguro que en la próxima temporada de Carnaval se cantará en la Scala de Milán la nueva ópera de Verdi *Falstaff*, cuyos intérpretes designados ya por el maestro serán: la Stahl, Maurel, Pinelli y Pini-Corsi. *Falstaff*, según parece, es una ópera esencialmente melódica y se separa por completo del género emprendido en el *Otello* para volver al antiguo que tan popular ha hecho el nombre de Verdi.

– En el teatro de la Gaité, de París, se está ensayando una obra de gran espectáculo, *Un viaje á América*, para cuya representación se han gastado los directores más de 40.000 duros. El decorado, según dicen, será soberbio y en extremo original y ofrecerá al público efectos enteramente nuevos y sorprendentes.

– La empresa del teatro de *Menus Plaisirs*, de París, está obteniendo grandes ingresos con las representaciones de la nueva revista de espectáculo *¡Que d'eau! ¡Que d'eau!* Figuran en el reparto más de 40 personas que en el curso de la pieza desempeñan hasta cuatro y cinco papeles distintos cada una.

—Se anuncia el estreno en el teatro de la Princesa, de Madrid, de un drama del Sr. Pérez Galdós, basado en su interesante novela *Realidad*. Es grande la expectación por conocer esa primera producción dramática del gran novelista.

– En el teatro Español, de Madrid, se estrenarán próximamente *La herencia*, de D. Luis Calvo y Revilla; *La puente y el vado*, del fecundo y aplaudido escritor D. Antonio Sánchez Pérez, y un nuevo drama que está terminando el Sr. Echegaray.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Enrique La Pommeraye, periodista notable y muy erudito, cuyos artículos de crítica se distinguieron por su benevolencia, escribió en *Le Bien Public, La France* y *Paris*, y desde 1878 desempeñaba la cátedra de Literatura dramática del Conservatorio.

Adeodato Malatesta, célebre pintor italiano que nació en Módena en 1806 é hizo sus estudios en Florencia, Venecia y Roma; fué presidente de la Academia de Bellas Artes y del Instituto de su ciudad natal. Sus pinturas al óleo, al fresco y al temple son numerosísimas, mereciendo citarse entre ellas *La impresión de las llagas de San Francisco, El inválido del grande ejército, Abraham arrojando de su casa á Agar, Cristo en la cruz, La cena de Emaüs* y sobre todo *La derrota de Ezzelino de Romano*.

– El duque de Devonshire, uno de los más respetados miembros de la Cámara de los lores, liberal convencido y consecuente, aunque no tomó parte muy activa en la política palpitante, canciller de la Universidad de Cambridge y fundador del Laboratorio de física experimental de Cavendish. Poseía 840.000 acres de tierras en Devonshire, 12.600 en Lancashire, 20.000 en el Riding occidental, 11.000 en Suxex, 60.000 en Cork y varias fincas de menos importancia en Somerset, Lincoln y Tipperary: su renta anual no bajaba de cinco millones de pesetas. Sus colonos y arrendatarios le adoraban; y tan bien supo administrar sus posesiones de Irlanda, que Mr. Parnell dijo en cierta ocasión que si todos los que allí tenían propiedades hubiesen imitado al duque, no habría sido necesario fundar la Liga Agraria.

– Emilio Lavelaye, literato, economista y político belga, colaborador de las principales revistas europeas, autor de notables obras literarias, políticas, históricas y económicas, catedrático de Economía política de la Universidad de Lieja, diputado y miembro de las principales Academias de Europa.

Varia. – En las regatas celebradas en Shang-Hai entre embarcaciones tripuladas por marineros españoles, franceses y japoneses han obtenido nuestros compatriotas un completo triunfo. En una de ellas, la lancha *Velasco* entró en competencia con la del crucero francés *Villars* y otra del japonés *Yamato*, á la que se concedieron diez segundos de ventaja por llevar dos remeros menos. La española se adelantó á la francesa y alcanzó á los japoneses, los cuales enfurecidos se valieron de todas las malas artes para hacer que aquélla varara en los lodazales de la orilla y llegaron á levantar los remos para pegar á sus adversarios. A todo esto se presentó el vapor en donde iban los jueces de regatas, quienes obligaron á los japoneses á retirarse del concurso, y los españoles, que habían guardado una actitud noble, lograron alcanzar á los franceses, que aprovechando aquella riña habían tomado la delantera, y llegaron doce minutos antes que éstos á la meta.

Los remeros españoles son peninsulares, del Ferrol, é iban mandados por el patrón Adolfo Abelenda: la ovación que se les tributó fué ruidosa y entusiasta. El premio ganado lo cedieron los vencedores á favor de las víctimas de las inundaciones de España.

– Para conmemorar el cuarto centenario de la toma de Granada por los Reyes Católicos se han celebrado en aquella capital grandes fiestas, entre las cuales ha sobresalido una procesión cívico-religiosa que ha resultado grandiosa y despertado gran entusiasmo.

—Ha empezado en París la demolición de la famosa *casa romana* que fué del príncipe Napoleón. Su construcción fué ejecutada por M. Normand, hoy académico, pero los planos sufrieron variaciones indicadas por el príncipe, de lo que resultó una mezcla inexplicable de los estilos romano y griego, con ciertas tendencias orientales.

– La moda de enviar tarjetas de felicitación con motivo del año nuevo, que se ha hecho realmente engorrosa y que en algunas ciudades, como en París, ha llegado á producir verdaderos conflictos en el reparto del correo, está llamada á desaparecer en plazo no lejano. En los círculos aristocráticos y en algunos periódicos de gran importancia se ha iniciado ya una campaña para suprimir los envíos de esos pedazos de cartulina que nada significan, ó por lo menos para sustituirlos con tarjetas que tengan algo que revele la personalidad, los gustos, las profesiones de los que las envían, en una palabra, que sean *subjetivas*, ó que por sus condiciones artísticas merezcan ser guardadas, como se hace ya en Inglaterra, Italia y Suiza.

En el género de tarjetas-felicitaciones artísticas son dignas de citarse las que las principales administraciones de Correos del mundo se han enviado este año unas á otras. Citaremos entre ellas las de Lucerna (vista de la ciudad y del lago y en medallón aparte el edificio de Correos): Port-Said (felicitaciones en francés y en árabe): Habana (armas de España de color sonrosado en relieve sobre fondo blanco): Copenhague (coche conduciendo á los carteros á los barrios): Stokolmo (cartero de uniforme en un ángulo, país nevado por el que cruza un tren, sol de color anaranjado y sin resplandores): Amsterdam (escudo de los Países Bajos en un ángulo y en el centro un medallón con la casa de Correos): Ginebra (dos fototipias con la vista del lago Lemán, de noche; el puente del Monte Blanco, y el sepulcro de Rousseau): Londres (en el centro el retrato de H. C. Raikes, difunto *Postmaster*-director general de Correos; dos medallones con las vistas de la oficina de Correos y del Parlamento, de la sucursal de Correos, de la oficina telefónica de Londres á París, y al pie varias sacas de correspondencia); y Panamá (fotografía de la casa de Correos). Todas ellas están artísticamente ejecutadas.

Para acabar con la costumbre ridícula, tal como generalmente se practica, de enviar tarjetas, propone una ingeniosa cronista de una notable revista francesa que el día primero de año envíe cada cual á sus amigos y conocidos una tarjeta concebida en los siguientes términos: «Fulan de tal tiene el honor de participar á V. que rompe definitivamente con la anticuada costumbre de la tarjeta para felicitar con ocasión del nuevo año. Como V. ve, esto no le ha impedido pensar en V. El próximo año también pensará, pero sin decírselo.»

– Se está celebrando actualmente en Venecia una conferencia internacional de higiene que se ocupa de la reforma que los modernos adelantos exigen en el servicio sanitario de Egipto á fin de evitar que desde los territorios del mar Rojo pasen á Europa las enfermedades infecciosas, especialmente el cólera, en aquéllos tan frecuentes, lo cual se logrará mejorando las instituciones sanitarias de Egipto, creando una fiscalización que asegure el cumplimiento de las reglas de policía sanitaria, sobre todo en lo relativo á las peregrinaciones, y dando mayores atribuciones y facilitando recursos al Consejo sanitario de Alejandría.

NUESTROS GRABADOS

La Fuerza ahogando al Genio, grupo en mármol de C. Godebski. – En todos tiempos la fuerza brutal ha tratado de destruir las creaciones del genio, y así pudo decir un pensador alemán: «La aparición en el mundo de un verdadero genio se reconoce por un signo infalible, cual es la alianza que contra él forman todos los necios.» Esa lucha entre el que vale y el que materialmente puede, entre la encarnación de lo sublime y la personificación de la bajeza, está admirablemente representada en la preciosa escultura que reproducimos, composición valientemente concebida y clásicamente ejecutada, que más se admira cuanto más se contempla y en la que la belleza de líneas y proporciones alcanza un grado difícil si no imposible de superar.

Un concierto, cuadro de L. López. – Nuestro joven compatriota, residente en Roma, ha conquistado en poco tiempo y á pesar de sus años una envidiable fama, á la que ha contribuído en mucho el cuadro titulado *Un concierto*, cuya copia ofrecemos hoy á nuestros lectores y en el cual son de ver todas las cualidades que tanto interés prestan á la escuela española moderna. Obsérvanse en esta obra: arte en la distribución de las figuras, talento en la manera de presentarlas, finura en el dibujo, dominio del colorido y conocimiento de los recursos que permiten al verdadero artista fijar en el lienzo la luz y el aire.

Como detalle que hace más interesante el cuadro, diremos que la figura del violinista que acompaña á la infantil cantante es el retrato del eminente Sarasate.

Quietud, cuadro de D. Mariano Vayreda (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Quietud titúlase el cuadro que remitió Mariano Vayreda á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y preciso es convenir que el artista logró representarla, ya que en el cuadro todo significa silencio, inmovilidad, descanso. El hueco del vacío sarcófago do el pastorcito reposa, los corderos que á sus pies dormitan, los derruídos claustros que sirven á modo de marco ó límite y hasta la hora, todo indica reposo y quietud.

Digno discípulo de su hermano D. Joaquín, figura este joven artista en el número de los que cultivan esa nueva escuela que cuenta con pintores tan discretos como lo son Rusiñol, Casas, Galvey y otros más. Al igual de todas las novísimas manifestaciones, tiene el nuevo género prosélitos é impugnadores; mas por nuestra parte, sin aplaudir á unos ni combatir á otros, nos limitamos á consignar que cuando se logra fijar en el lienzo los colores de la naturaleza con extraordinaria facilidad, conforme lo hacen Vayreda y los pintores cuyos nombres citamos, bien merecen éstos el título de artistas y la nueva escuela atenta consideración.



No; podemos permanecer aquí, puesto que este es el salón público (pág. 14)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

Los que rodearon á Pablo, miráronse con la mayor curiosidad.

– ¡Oh! Enrique Pendleton, dijo Hoskins con aire incrédulo. ¿Le conoce usted?

– Será algún antiguo colono, interrumpió Shear como para dar una explicación. En otro tiempo el coronel era aquí hombre de importancia.

– Creo que ha sufrido muchas desgracias, repuso Pablo con gravedad; pero en el tiempo á que usted se refiere era presidente del Banco *El Dorado*.

– Y á propósito: parece que ése Banco no ha conseguido arreglar sus cuentas aún, dijo Hoskins. Supongo, caballero Hathaway, que no tendrá usted fondos comprometidos en ese establecimiento.

– No, contestó Pablo, sonriendo; yo era un muchacho en aquella época, y vivía con mi sueldo. Nada sé de los apuros de ese Banco; pero tengo la seguridad de que el coronel Pendleton fué siempre una persona digna.

– ¡Oh! No digo lo contrario, replicó el capitán Stidger con aire de convicción; pero el coronel no ha sabido vivir con el Estado ni adaptarse á su manera de ser. Pendleton pertenece á los antiguos tiempos, aquellos en que la simple palabra de un hombre conocido equivalía á dinero contante y sonante; y asegúrase que el Banco en cuestión no tenía ni un solo recibo para reclamar la mitad de lo que se le debía. En los años 1849 y 1850 aún se podía fiar, pero ahora no; y el buen coronel debe haberse convencido de ello.

– Pendleton se hallará seguramente dispuesto aun á reclamarlo todo con la punta de la espada, y esto le perjudica. Es el hombre que más ha hecho para mantener la costumbre de los duelos aquí, y al parecer no comprende que el espíritu de progreso y de civilización se opone á ello.

No hubiera sido fácil adivinar por la expresión de Pablo si se inclinaba en favor de las debilidades del coronel, ó si le parecía justa la crítica de sus visitantes; pero, sin duda apreciaba bien una cosa y otra.

Muy pronto se dejó de hablar del coronel, pues acababan de servir el refresco, ó más bien la bebida, lo cual aumentó el buen humor de todos. Cuando se hubieron apurado las botellas, levantáronse los comensales para retirarse, y despidiéronse renovando sus ofertas y repitiendo sus elogios del joven senador en voz alta y hasta cuando bajaban la escalera; de modo que muy pronto se supo en todo el hotel de la Puerta de Oro que el Sr. Pablo Hathaway había llegado del Sacramento y acababa de ser objeto de una «ovación espontánea.»

Entretanto, el joven ex secretario se había sentado en una butaca junto á la ventana de su habitación, y evocaba recuerdos del pasado. No es difícil para el hombre olvidar á la edad de los diez y ocho á veinticinco años, y no solamente había obedecido Pablo á la intimación del corregidor dejando de pensar en los detalles de cierta transacción que presenció en el despacho de aquella primera autoridad, sino que al año siguiente, habiendo ido á probar fortuna en las montañas, autorizó formalmente al coronel Pendleton para representarle en la administración de los bienes de la señora Howard, en la cual no había intervenido, sin embargo, más que para firmar al fin de cada año. En su consecuencia, extrañábale en cierto modo haber recibido algunos días antes una carta del coronel Pendleton, en la que éste le rogaba que fuese á verle para hablar sobre el asunto.

Pablo recordaba, aunque vagamente, que habían pasado ya ocho años, y no ignoraba que en este tiempo habían ocurrido algunas novedades. La mayor de todas era la muerte del corregidor, cuyo cargo desempeñaba entonces una persona á quien él no conocía. El Banco *El Dorado*, á pesar de la buena opinión que del establecimiento tenía la señora Howard, habíase declarado en quiebra hacía largo tiempo, y aunque el coronel Pendleton sobrevivía, no era de creer que se necesitase ya ningún presidente que pudiera servir de curador para administrar la fortuna allí depositada por la señora Howard. En cuanto al mismo Pablo, soldado aventurero, aunque por lo regular con suerte, hacía poco que tenía una profesión, si tal nombre podía darse á sus funciones políticas; aun con fortuna, energía y ambición, nada era seguro, por más que todo fuese posible. Al parecer no quedaba más curador para la huérfana que el coronel, puesto que Pablo le había conferido su representación. La madre de la niña había desaparecido un año después de hacer el depósito, sin duda para evitar complicaciones por su presencia en el país, ó cuando menos así se presumió caritativamente.

Al reflexionar sobre estos hechos, Pablo no pudo menos de experimentar cierta inquietud, preguntándose para qué podría necesitarle el coronel. No había peligro de que se hubiese divulgado el secreto de la señora Howard, solamente conocido de él y de Pendleton, ni debía presumir que hubiese trascendido nada en la administración oficial de los funcionarios que habían sucedido al difunto corregidor. Pablo no recordaba que el tiempo de la tutela debía limitarse á diez años; pero la niña debía llegar pronto á la edad de entrar en posesión de sus propios bienes.

Si Pablo conservó algún tiempo recuerdo de la escena que presenció en el despacho del difunto corregidor, por haberle producido impresión la hermosura de la señora Howard, seguramente lo había olvidado ya todo con otras locas ilusiones de su primera juventud, á la cual se creía ahora muy superior.

Sin embargo, era preciso ver al coronel, y cuanto

antes mejor, pues convenía arreglar de una vez el enojoso asunto. La tarjeta que había recibido no tenía más que estas señas: «Hotel de San Carlos.»

Pablo recordó de pronto una antigua hostería de este nombre, situada cerca de la plaza. ¿Sería posible que semejante construcción hubiera sobrevivido á los cambios y mejoras de la ciudad? No era necesario franquear ninguna larga distancia para llegar allí, y además recordaba perfectamente las calles, en las que no vió más novedad que otras casas y otras caras. Cuando llegó á la plaza, que apenas se reconocía ya con las últimas mejoras, encontró la casa de la antigua hostería aún intacta, con sus galerías corridas y sus miradores, que presentaban un conjunto incongruente con el de otras construcciones modernas levantadas en la inmediación. Esto hizo recordar al joven que cuando era muchacho siempre le pareció aquella hostería una maravilla de distinción y opulencia, sobre todo cuando se celebraba algún baile público; pero ¡qué mísero y trivial le parecía ahora su conjunto, comparado con el de los demás edificios! ¡Qué ridículos eran aquellos balcones y galerías, primera ilusión de los colonos, cuando supusieron que su clima era tropical! La hostería se había agrandado para poner sala de billar y café, pero aún se veía allí el antiguo farol en que antes se leía «San Carlos,» aunque debajo de este título habíase agregado una línea que decía: «Habitaciones para alquilar por días ó por semanas.» ¿Era posible que aquella estrecha escalera, desgastada y hasta carcomida en algunos sitios, le hubiera parecido en otro tiempo la de un palacio?

Al entrar, la criada le indicó una puerta en la extremidad del corredor, y llegando á ella dió discretamente un golpe; abrióse al punto, y Pablo vió ante sí á un negro ya entrado en años, que tenía en la mano un pedazo de piel de gamuza impregnado en grasa: una caja de pistolas que estaba sobre la mesa podía indicar cuál era la ocupación del criado, que se inclinó profundamente ante Hathaway.

– Maese Enrique está aquejado de su antigua enfermedad, señor, y en este instante se arregla un poco. Descanse el señor en el sofá y llevaré recado.

Cuando el negro desapareció en la habitación contigüa, Pablo paseó una mirada á su alrededor. Los muebles, que en otro tiempo debieron ser ricos y elegantes, estaban completamente gastados por el uso: un estante con libros, entre los cuales se veían algunas obras de leyes (Pablo recordaba que el coronel había seguido algún tiempo la carrera de abogado), media docena de sillas de estilo francés, una carabina en un rincón, una espada en su funda, algunas estampas en la pared y dos ó tres cajas de hierro con un rótulo que decía «Banco *El Dorado*» eran los principales objetos que adornaban aquella mezquina sala, imagen de la pobreza. Sin embargo, todo estaba escrupulosamente limpio, y en una silla veíanse varias prendas de vestir muy bien cepilladas y dobladas, prueba irrecusable de los buenos servicios del criado.

Pero Pablo fijó de pronto su atención en una levita que sin duda se había arrojado apresuradamente allí, pues una manga estaba vuelta del revés y veíase en ella una aguja enhebrada aún. Al punto le ocurrió la idea de que al llegar él, el negro se ocupaba en remendar aquella prenda y no en limpiar las armas de su amo.

Un momento después volvió el negro.

– El señor, dijo, dispensará á maese Enrique, que está ahora en cama, y hágame el señor el favor de no decir cosas que enojen á maese Enrique, porque esto es malo para él.

El negro había dicho esto en voz baja, como para que no se le oyese, y con expresión suplicante.

Pablo sonrió, y el negro le condujo con ceremoniosa solemnidad á la alcoba de su amo, cuyo mobiliario corría parejas con el de la sala. En un catre de hierro vió al coronel Pendleton, que aún conservaba su marcado tipo militar; habíase puesto una bata de seda bastante raída, y la expresión de sus facciones revelaba el sufrimiento. Los ocho años transcurridos habían hecho estragos en aquel hombre: su cabello gris comenzaba á blanquear; el largo y espeso bigote, bien cuidado, parecía resistir más á la acción del tiempo; las profundas líneas que le corrían por el ángulo de la nariz eran claro indicio de graves enojos y disgustos pasados, y los ojos, brillantes por efecto de la fiebre, fijaron en Pablo una mirada penetrante.

– ¡Amigo Hathaway!, exclamó el coronel.

Al oir aquella voz, parecióle á Pablo que volvía á su primera juventud, que retrocedía al tiempo en que era secretario del difunto corregidor, y contempló absorto al hombre enérgico que en aquel momento yacía en el lecho del dolor. Había entrado en la alcoba con cierta impresión de superioridad y bajo la idea de que ya tenía la experiencia suficiente para dominar á los hombres; mas al ver al coronel y al oir su voz acostumbrada al mando, volvióse á creer pequeño, admirando en Pendleton una cualidad de que carecían sus nuevos amigos.



Cogió la silla familiarmente y sentóse al punto, tomando una graciosa postura (pág. 11)

– Hace ya ocho años que no lo veo á usted, amigo Hathaway, dijo el coronel; acérquese más para que pueda mirarle bien.

Pablo se aproximó al lecho con infantil obediencia; mientras que Pendleton, cogiéndole la mano, observábale atentamente.

– Le habría reconocido á usted, dijo, á pesar de su bigote y de su estatura. La última vez que le vi fué en el despacho de Santiago Hammersley. ¡Pobre amigo mío; él ha muerto, y á mí me falta poco para seguirle! ¿Se acuerda usted de la casa del corregidor?

– Sí, contestó Pablo, extrañando la pregunta.

– Era una quinta de estilo suizo, y recuerdo que se construyó bajo la dirección del pobre Santiago. La última vez que fué allí, la derribaban ya. ¿En qué diría usted que se ha convertido?

– Difícil es que yo lo imagine, repuso Pablo.

– Pues bien: sepa usted, repuso el coronel con gravedad, que ahora la han convertido en una especie de tienda para los misioneros, con su correspondiente gabinete de lectura. ¡He ahí los progresos y las mejoras!

El coronel hizo una pausa, y retirando lentamente su mano de la de Pablo, añadió con desdeñosa sonrisa:

– Usted es joven, y tal vez pertenezca á la moderna escuela. Ya he leído su discurso, y debo confesar que no pertenezco al partido de que usted forma parte; el mío murió hace diez años. De todos modos, le felicito sinceramente. ¡Jorge!, gritó después. ¡Mil diablos le confundan! ¿Adónde habrá ido ese muchacho?

El negro, así calificado de joven, aunque debía tener diez años más que su amo, abrió la puerta apresuradamente.

– Jorge, díjole el coronel, trae champaña para este caballero... *del mejor*, por supuesto; y no me vengas con razones ni dificultades del nuevo patrón.

Pablo, que creyó reconocer en las facciones del negro una expresión de inquietud, sin duda porque temía que su amo se encolerizara, apresuróse á decir al coronel que no se molestase, porque no tenía costumbre de beber por la mañana.

– Es muy posible, repuso el coronel con cierta sequedad; lo creo así, pues ya sé que las nuevas ideas prohiben varias cosas; pero aquí está usted libre de sus constituyentes. Sin embargo, añadió con tono más benévolo, yo tengo esa costumbre, y en mí es muy antigua; tal vez deba suprimirla al fin, como todas las demás; pero aún existe, y me sorprende que Jorge, sabiéndolo ya, lo olvide tan fácilmente.

El negro se excusó bajo el pretexto de que le había distraído otra ocupación, y salió de la estancia diciendo que iba á buscar el champaña.

– Es un buen muchacho, murmuró el coronel, aunque ya comienza á contaminarse. Le traje aquí de Nashville hace unos diez años, y á los dos de hallarse en mi compañía, algunos trataron de probarle que ya no era esclavo, lo cual le dió mucho que pensar, mas yo le prometí que no lo sería á mi servicio. Fué necesario satisfacer sus deseos, enviando á buscar á su mujer y su hijo, que tenían mil ochocientos duros ahorrados; pero el diablo me lleve si ese dinero le hace feliz, pues debe ir diariamente dos horas por la mañana y tres por la tarde para servirlos como un criado, ó por lo menos hacerles compañía. Yo traté de inducirle á enviar á su familia á las minas, donde tal vez hubieran hecho fortuna, ó al Oregón, porque allí le habrían conferido quizás algún cargo importante; pero no quiso. Jorge se encarga de cobrar mi renta sobre una pequeña finca que me ha quedado, y paga mis cuentas. Si la nueva civilización le respetase dejándole como estaba, sería un buen muchacho.

Pablo no pudo menos de pensar que la renta del coronel estaba en contradicción con aquella levita que el negro remendaba al entrar él.

En aquel momento oyóse el choque de vasos; Jorge apareció en el umbral de la puerta é invitó á Pablo á tomar un vaso de champaña.

El joven se levantó para seguir al negro á la sala, y cuando estaba junto á la mesa no fué poco su asombro al ver una bandeja con dos vasos y media botella de ginebra, pero no champaña.

– Dispense el señor, dijo con expresión de inquietud; amo mío quiere mejor champaña para los caballeros; pero no hay en esta casa ni cerca de aquí tampoco. ¿Querría el señor decir á maese Enrique que le gusta más la ginebra, para que el amo no me riñera?

– Ciertamente, contestó Pablo sonriendo, y con tanta más razón cuanto que no acostumbro á beber nada tan temprano.

Y volviendo á la alcoba, cuya puerta había tenido el negro buen cuidado de cerrar á fin de que su amo no le oyera, acercóse al lecho del paciente.

– Espero que me dispense usted, dijo, por haberme tomado la libertad de rogar á Jorge que me cambiase el champaña por un poco de ginebra.

– Está muy bien, contestó con indiferencia. Supongo que la nueva civilización ha introducido también algún cambio respecto á las bebidas, y que el estómago de un caballero será muy pronto cosa del



Mientras que la bella á quien tanto felicitaban miraba con curiosidad á Hathaway, sus ojos se encontraron (pág. 14)

pasado. De todos modos, ya que estamos servidos, Jorge podrá irse á su casa, puesto que ha llegado la hora en que tiene costumbre de hacerlo.

– Jorge, añadió, pon sobre mi lecho la caja de hoja de lata que contiene los papeles, y retírate.

El negro hizo lo que se le mandaba, saludó humildemente y salió.

– Vamos, dijo Pablo, veo, señor coronel, que ese hombre es muy sumiso, á pesar del progreso que usted deplora tanto.

– Siempre fué un negro obediente, replicó el coronel, y aunque exagerado en su oficiosidad, prefiero esto á los alardes de los que ahora se titulan hombres del progreso. Lo más apreciable en la servidumbre de cualquiera especie es la espontaneidad y el afecto: si sabe usted que un hombre le odia y sin embargo le sirve por interés, podrá asegurarse desde luego que es un miserable y usted un tirano. Al decantado progreso de ustedes se debe que el servicio parezca degradante, porque enseña á los hombres á rehuirle. ¡Pardiez! Cuando llegué aquí, Santiago Hammersley y yo servimos más de una vez de cocineros á los de nuestro partido, y por eso no he creído rebajarme ni ser menos de lo que soy; pero basta de esto, y pasemos á otro asunto.

Al pronunciar estas palabras, el coronel se interrumpió, é incorporándose en el lecho, miró fijamente un momento á su interlocutor.

– Debo comunicar á usted algo que le interesa, caballero Hathaway, dijo lentamente. Hace tiempo que no ha debido usted molestarse en lo más mínimo por el asunto relativo á los bienes de la señora Howard; esto no le habrá privado del sueño ninguna noche, ni tampoco ha sido seguramente un obstáculo en su carrera Comprendo muy bien, añadió, al ver que el joven se disponía á contestar; adivino lo que iba á decir, y por lo tanto no es necesaria ninguna explicación de su parte. Me encargué con gusto de representar á usted, y de nada me quejo; mas hora es ya de que sepa lo que yo he hecho y lo que tal vez deba usted hacer en adelante. He aquí el caso: al día siguiente de firmarse en el despacho del difunto corregidor la escritura que usted sabe, el Banco de que yo era y aun soy presidente, recibió los setenta y cinco mil duros de la señora Howard. Dos años después, en el mismo día, la suma depositada habíase convertido en un capital de ciento cincuenta mil duros, gracias á felices operaciones, es decir, el doble de la cantidad impuesta; pero en el tercer año, el Banco suspendió sus pagos.

II

Pablo comprendió al punto la situación, así como las consecuencias que para él podía tener el hecho que se le anunciaba, y al pronto le pareció un contratiempo terrible. Comenzaba entonces su carrera, y juzgábase en cierto modo responsable de la fortuna perdida de la hija de una mujer que había desaparecido y á quien él no conocía.

Entonces se explicó muy bien por qué Pendleton deseaba verle, y durante un momento dudó injustamente de su buena fe, imaginándose que al coronel le *había convenido* representarle como curador. El carácter misterioso de aquella transacción, su descuido é indiferencia sobre el asunto, su excesiva confianza en Pendleton; todo, en fin, inducíale á creer que estaba seriamente comprometido. Parecíale ya oir recriminaciones contra él, y tal vez ser acusado de mala fe por sus amigos. Y al reflexionar sobre todo esto palideció visiblemente, fijando en su interlocutor una mirada atónita.

El coronel le observó con curiosidad un momento; sus facciones tomaron cierta expresión de amargura, y una desdeñosa sonrisa acentuó más las líneas de su boca.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFIA Y LOS COLORES

Uno de los problemas que más á prueba han puesto la sagacidad de los investigadores es la reproducción fotográfica de los colores de la naturaleza: algunos, como Cros, Ducos de Hauron, León Vidal y otros, han eludido la dificultad haciendo una selección de los rayos colorados, obteniendo negativos de un mismo objeto, cada uno de ellos con la impresión de un color, y tirando luego positivos peliculares monocromos convenientemente escogidos que, por superposición, han dado las tintas, si no siempre exactas, por lo menos muy parecidas á las del modelo. En 1848 Becquerel reprodujo por medios químicos todo el espectro solar, pero la prueba no toleraba la luz blanca y ningún procedimiento de fijación permitía conservar en plena luz los magníficos resultados obtenidos. Recientemente M. Lippmann, partiendo de concepciones teóricas ha resuelto nuevamente el problema, y sus espectros solares, intensamente colorados, soportan sin alteración la luz del sol. No insistiremos en este procedimiento por haberlo descrito detalladamente en el número 495 de La Ilustración Artística, y sólo haremos constar que M. Lippmann ha sido el primero en indicar que por las interferencias podía llegarse á la solución del problema.

Por un procedimiento derivado del mismo principio consiguió hace veinte años un grabador de Versalles, M. Baudran, descubrir en los positivos de plata sobre papel albuminado vestigios de los colores naturales; pero antes de describir el curioso experimento por él realizado, séanos permitido recordar brevemente las observaciones anteriormente hechas, que son el camino por donde se llega á este descubrimiento.

Está actualmente fuera de toda duda que los objetos no tienen un color propio, sino que éste reside esencialmente en la sensación subjetiva del modo vibratorio ó, por mejor decir, de la longitud de onda de la vibración del éter reflejada por tales objetos: á las mayores longitudes de onda corresponde la sensación del encarnado y á las más cortas la del morado. La reunión de todos los diferentes rayos de longitud de onda produce la luz blanca. Si, por otra parte, ésta se quiebra en una superficie ligeramente estriada, se descompone y la superficie parece reflejar todos los colores del arco iris en virtud de un fenómeno conocido en física con el nombre de *difracción*. El nácar, por ejemplo, visto normalmente presenta un color lechoso, al paso que mirado en determinada incidencia reviste sucesivamente los más vivos y variados matices; siendo sumamente fácil demostrar que estas coloraciones no pertenecen al nácar, sino que proceden de la disposición misma de las asperezas de la superficie, puesto que si por un procedimiento físico ó químico destruimos la capa superficial, aquellos bellos colores desaparecen. Por el contrario, si aplicamos sobre lacre negro en fusión un fragmento de nácar irisado y lo retiramos después de enfriado aquél, el lacre, gracias á su plasticidad, habrá tomado exactamente las estrías infinitamente finas de la superficie del nácar y ofrecerá á su vez las coloraciones más maravillosas. Esta observación, debida á Brewster, puede hacerse también, como éste lo ha probado, con todas las materias susceptibles de amoldarse exactamente al nácar, tales como el plomo, el rejalgar, el estaño, etc. Un inglés, John Barton, hizo por aquel mismo tiempo una aplicación asaz original de esa observación, estriando convenientemente las facetas de botones de acero y dotándoles de esta suerte de todos los matices del prisma. Estos dijes tuvieron gran éxito hace treinta años.

Ahora bien: esas coloraciones por difracción se perciben claramente en las imágenes obtenidas por medio del daguerrotipo: en efecto, si se las mira dándoles cierto ángulo de incidencia, se las ve revestirse de colores débiles sí, pero fáciles de distinguir. Parece ser que el depósito de plata metálica ó de mercurio ha debido formarse con una finura proporcional á la longitud de onda que ha producido su precipitación. Habiendo observado esto, M. Baudran quiso ver si en la fototipia con sales de plata sobre albúmina el depósito de metal obedecía á la misma ley, y para averiguarlo se sirvió de un aparato que es simplemente una modificación del megascopo del físico Charles.

Se coloca una fotografía á sales de plata en el foco de un objetivo doble para retrato y se la ilumina á á cada lado por dos espejos colocados en ángulo de 45° que reflejan en su superficie la luz del día: todo este aparato se instala en una abertura practicada en la pared de una cámara obscura y se dirige hacia el cielo para que reciba una luz muy pura (figura 1).

La imagen aumentada se refleja normalmente en una hoja de papel blanco, y si se la contempla atentamente, cuando los ojos se han reposado algo de la impresión de la luz solar, vense aparecer los colores, bien que muy pálidos y mezclados con luz blanca difundida; si se coloca el diafragma en el objetivo, la intensidad general del objeto disminuye, pero los colores, aunque muy pálidos todavía, aparecen más distintos, tomando entonces la proyección el aspecto de un cuadro al pastel visto á media luz. Para que aparezcan los colores es indispensable que la imagen esté muy bien modelada, aunque sin estar demasiado marcada, porque en este caso la acumulación de las partículas de plata impide que la difracción se produzca claramente. Las pruebas sulfuradas y amarillentas por la acción del tiempo y las esmaltadas ó producidas por los procedimientos al gelatino cloruro no dan buenos resultados: los colores que mejor se revelan son los que menos impresionan la placa negativa; por ejemplo, los encarnados, lo cual se explica perfectamente porque éstos, en los positivos, se reproducen por medio de mayor cantidad de plata reducida.

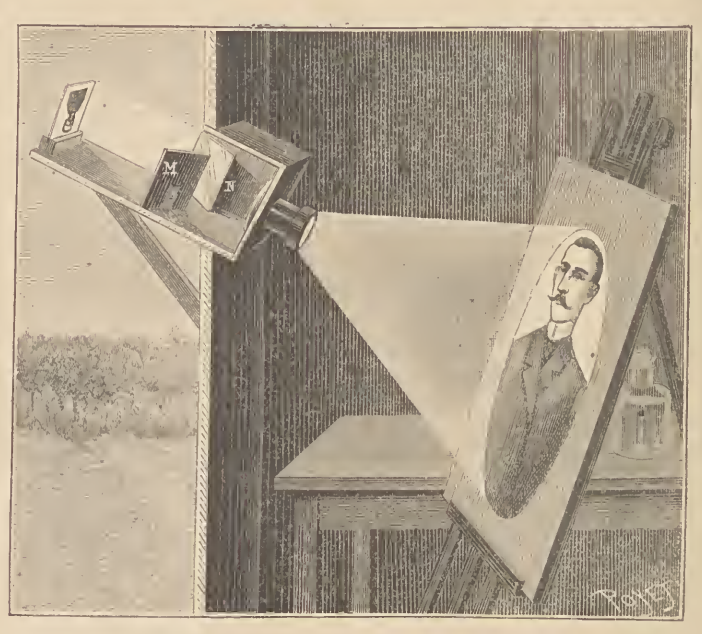


Fig. 1. – Experimento por medio del cual se hacen aparecer colores en la proyección de una prueba positiva

Tal es el espíritu de las investigaciones de monsieur Baudran, el cual da á su trabajo el título significativo de *El color en la fotografía* y supone que la plata se deposita en la placa negativa en un estado molecular en relación con la longitud de onda del rayo luminoso que la ha impresionado, resultando de aquí una especie de red de mallas más ó menos espaciadas, cuya separación corresponde á esta misma longitud de onda y que entresacando los rayos colorados que constituyen la luz blanca producen en la fototipia un depósito de la misma naturaleza. Como en el negativo el metal desaparece debajo de la gelatina, es imposible descubrir su color; en cambio en el positivo la plata reducida sólo está retenida por una delgada capa de albúmina, y puede, por ende, difraccionar la luz. Para comprobar el valor de esta teoría sería preciso realizar algunos experimentos contradictorios; pero de todos modos el experimento directo presenta claramente colores en la proyección del positivo.

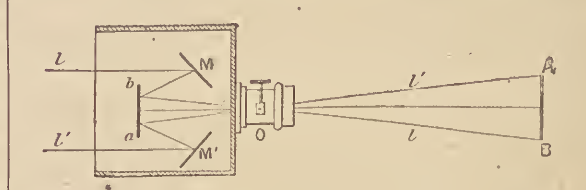


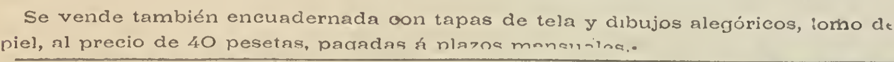
Fig. 2. – Esquema del experimento representado en la figura 1 para la visión de los colores. – *a b*. Fotografía. – A B. Imagen aumentada é invertida en una pantalla. – M M' Espejos reflectores. – O. Objetivo. – *l l'* Dirección de los rayos.

M. Baudran ha expuesto este descubrimiento en una memoria dirigida á la Academia de Ciencias de París, uniendo á ella la indicación de un procedimiento especial para la reproducción de los clisés con los colores del modelo; pero como guarda todavía secreto su modo de operar, nos limitaremos á señalar el hecho esperando que M. Baudran divulgue su invento para hablar más detalladamente de él. Sea de éste lo que fuere, su primer descubrimiento, basta para demostrar que se trata de un observador y de un investigador de quien pueden, en el mismo orden de ideas, esperarse resultados inesperados hasta el presente.

H. Fourtier

(De *La Nature*)

Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén
(copia de una fotografía)





LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

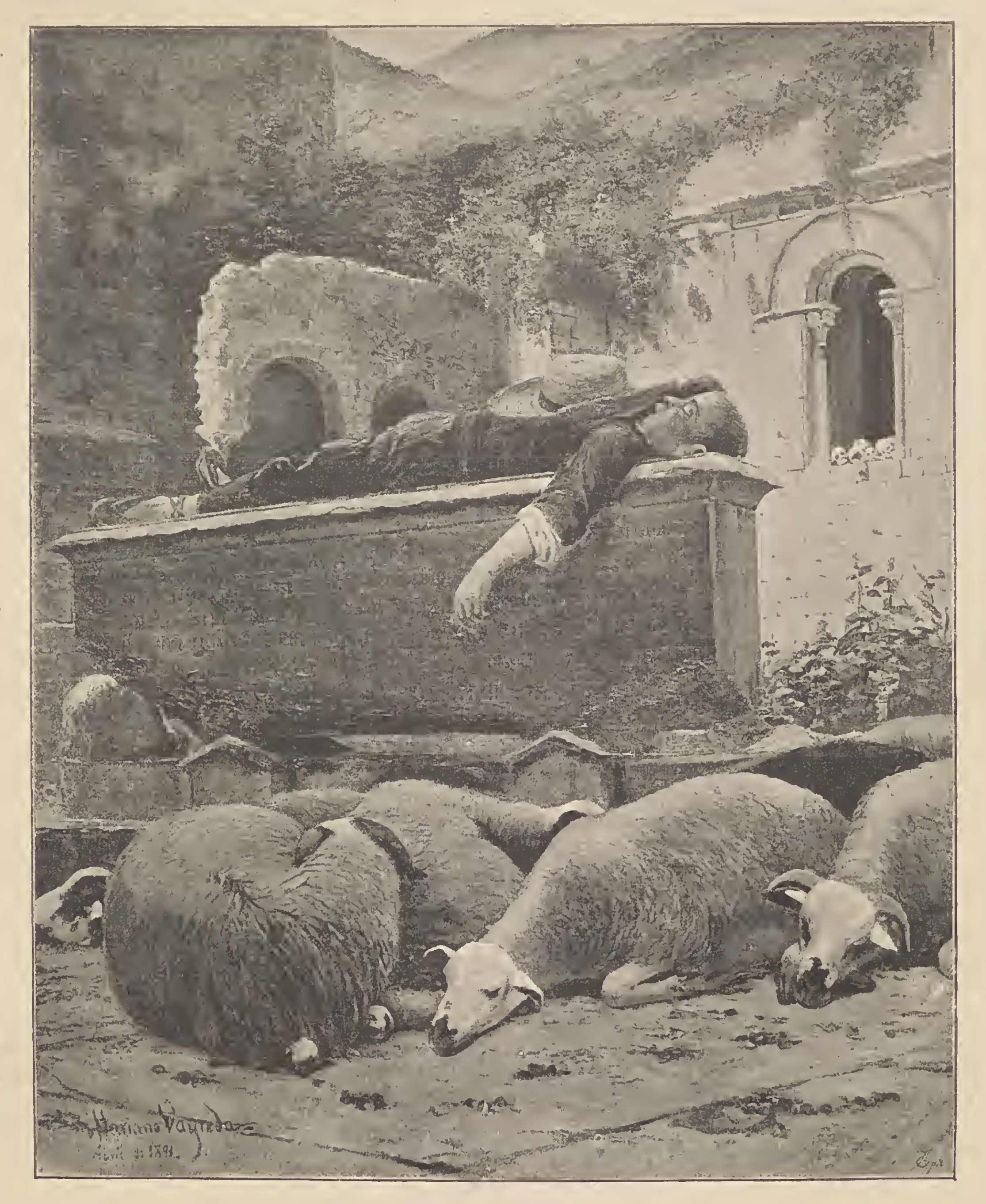
Tinta negra, *por D. Joaquín Dicenta*. Dibujos de *T. Muñoz Lucena* y *Angel Pons*. – Bien conocido es en el mundo literario el nombre del Sr. Dicenta: sus obras dramáticas aplaudidas en los principales teatros y sus artículos publicados en gran número de diarios y revistas importantes le han conquistado merecida fama.

Castizos y elegantes en la forma, sus trabajos encierran siempre, aun los que tratan asuntos aparentemente frívolos, un fondo de enseñanza digno de serias meditaciones. El Sr. Dicenta fustiga sin piedad cuando expone con sentida y apasionada frase los que no vacilamos en calificar de crímenes sociales; se burla de las preocupaciones que una moral mal entendida mantiene arraigadas en las sociedades modernas; ensalza la virtud, cualesquiera que sean las formas que revista; se ríe de los necios, aunque su necedad se eleve sobre pedestales de oro ó de láureles mal adquiridos, y admira al genio, siquiera para rendirle tributo haya de ir á encontrarle en las más humildes situaciones.

No faltará quien tache al señor Dicenta de pesimista; pero su pesimismo, si es que (tal como propiamente debe entenderse) en él existe, no es subjetivo; nace de la realidad de las cosas: además, cuando estudia el lado malo de éstas no lo hace por el prurito de mover á la desesperación ni al escepticismo, no pinta el mal afirmando que éste es el imperio del mundo y pronunciando con voz fatídica el *nulla est redemptio;* no, el Sr. Dicenta estudia lo uno y pinta el otro dejando á la vez entrever el remedio para que el bien se imponga. Junto al prejuicio, la razón; junto á la desigualdad irritante, la justicia; junto al veneno, la triaca: he aquí la característica del Sr. Dicenta.

La colección de sus artículos, que con el título que encabeza éstas líneas ha publicado don Fernando Fe, en Madrid, vale la pena de ser leída por los que se precien de amantes de la buena literatura y merece figurar dignamente en la colección que con tanto éxito publica el citado editor y en la cual figuran hasta ahora las firmas de Cavia, Palacio, Taboada y Castro y Serrano.

Las preciosas ilustraciones de Muñoz Lucena y de Angel Pons aumentan los atractivos del libro, que se vende en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.



QUIETUD, cuadro de D. Mariano Vayreda. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

* * *

La convención independiente, *por Athos*. – Tal es el título de la obra en que se narran con cierta claridad y extensión los hechos y acontecimientos que dieran lugar á la formación de un potente partido, cuyo norte había de ser, conforme lo ha realizado, la caída del que fué presidente de la República chilena, Balmaceda. Sensibles son las causas que engendraron la revolución, pero más lamentable es todavía que los pueblos se vean obligados á conquistar por medio de las armas la vindicación de sus libertades y derechos.

Nosotros, que tan unidos nos hallamos á nuestros hermanos de América, hacemos fervientes votos para que los esfuerzos del pueblo chileno sean fructíferos y que gobiernos experimentados proporcionen días de paz y de prácticas ventajas á la República de Chile.

* * *

Tratado de química biológica, *por Ad. Wurtz, traducido por D. Vicente Peset y Cervera*. – Se ha publicado el cuaderno 9.° de esta importantísima obra que edita en Valencia don Pascual Aguilar y á la que se suscribe al precio de una peseta el cuaderno en la librería de éste (calle de Caballeros, núm. 1); en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales del resto de España.

La obra constará de 14 á 16 cuadernos y merece figurar en la biblioteca de todos los hombres de ciencia, pues está reconocida como la primera en su clase y la traducción y adiciones del Sr. Peset y Cervera nada dejan que desear.

Imp. de Montaner y Simón